



EN París, para las familias pobres, estrechas en sus desvanes, después de todo, demasiado pequeños, la meseta ó rellano común es como un aposento más, un ensanche ó dilatación de la casa. En la estación calorosa está aquello más ventilado y fresco, y allí departen las mujeres y juegan los muchachos.

Cuando en su niñez hacía Sidonia mucho ruido en el interior de la casa, decíale su madre:

— Me mareas, hija: vé á jugar allá al rellano.

Y la niña corría afuera de muy buena voluntad.

Este rellano en el último piso de una casa antigua donde no se había economizado el espacio, venía á ser un corredor alto de techo, protegido por la parte de la escalera por una barandilla de hierro, y alumbrado por una amplia ventana desde donde se veían tejados, patios y otras ventanas, y más lejos el jardín de la



fabrica Fromont, que aparecía como un rincón verde en el intervalo de gigantescas y viejas paredes.

No era esto muy alegre, pero la niña estaba allí bien hallada ó más á gusto que dentro de la casa, que era en verdad muy triste, sobre todo cuando llovía y no salía Fernando.

Con su cabeza siempre llena de ideas nuevas que por mal de sus pecados no se realizaban nunca, Fernando Chebe era uno de esos comerciantes perezosos y proyectistas, cuyo número abunda tanto en París. Su mujer, á quien al principio deslumbrara, muy pronto echó de ver su nulidad y acabó por sufrir con paciencia sus continuos reveses de fortuna y los disgustos que inmediatamente les seguían.

De los ochenta mil francos de dote aportados por ella y mal gastados por él en ridículas empresas, no les quedaba ya más que una mezquina renta que les daba cierta posición para con los vecinos; y la cachemira de madama Chebe, salvada por milagro de todos los naufragios, sus encajes de boda y dos botones de brillantes muy pequeños y modestos, guardados en el fondo de la cómoda bajo un antiguo estuche de terciopelo blanco, en que se había ya borrado el nombre del joyero, eran las únicas prendas de lujo de aquella casa de rentistas.

Mucho, muchísimo tiempo había estado buscando Mr. Chebe una colocación que le permitiera añadir algo á sus menguadas rentas; pero no buscaba el empleo sino en el comercio ambulante, ó *de pié*, como él decía, oponiéndose á su salud toda ocupación sedentaria.

Parece ser que en sus comienzos, cuando se daba á los grandes negocios con su caballo y su tilbury, que tenía de suyo para las gestiones de su tráfico, hubo de dar el hombrezuelo una caída peligrosa; y este salto mortal de que hablaba á tuertas muchas veces,

si algunas á derechas, servíale para cohonestar los ocios de su gran pereza.

Nadie estaba con él cinco minutos sin que le dijera en són de confidencia:

—¿Sabe usted la desgracia que le ocurrió al duque de Orleans?

Y añadía golpeándose la mezquina y calva frente:

—Pues la misma me ocurrió á mí allá en mi mocedad.

Desde aquella famosa caída, todo trabajo de escritorio le daba desvanecimientos y se veía fatalmente reducido al *comercio de pié*. En fuerza de esto había sido alternativamente agente ó corredor ó comisio- nista de aceite, de vino, de vinagre, de libros, de criadillas, de relojería y de mil cosas más.

Por desgracia, se cansaba en este tráfico, sin encontrar nunca una posición digna, ó suficiente á lo menos, para un antiguo comerciante con tilbury y todo, y poco á poco, á fuerza de juzgar inferior á sus circunstancias toda ocupación, había venido á ser viejo, inepto, un verdadero haragán.

Échanse en cara á los artistas sus rarezas, sus caprichos naturales, ese horror á lo ordenado que los lanza á caminos tortuosos; pero ¿quién puede enumerar los ridículos devaneos, las extravagancias y necedades con que un burgués ocioso puede llenar el vacío de su vida?

Mr. Chebe se creía en la necesidad y hasta en el deber de salir y corretear. Mientras se estuvo construyendo el bulevar Sebastopol, iba allá dos veces todos los días, sólo á ver cómo adelantaban las obras. Nadie conocía mejor que él los almacenes de fama, las especialidades, y muy á menudo, aburrida su esposa de ver á las vidrieras la inútil cabeza del hombrezuelo, mientras ella remendaba la ropa de la casa, se desembarazaba de él enviándolo allá al quinto infierno á algún mandado.



—¿Sabes—le decía—allá lejos, esquina á la calle de *Chose* donde venden tan buenos bollos? Pues vé allá y trae postres para la comida.

Y el marido iba, tomaba el bulevar, vagueaba por las tiendas esperando el ómnibus y perdía la mañana tras dos bollos, que traía al fin triunfalmente enjugándose la frente.

Mr. Chebe era muy aficionado al estío, á los largos paseos á pié, por el polvo de Clamart ó Romainville, al movimiento de los días de fiesta, al gentío: era de aquellos que iban á contemplar, toda una semana antes del 15 de Agosto, las lamparillas negras, y demás zarandajas de los improvisados puestos. Y no le pesaba á su mujer, que á lo menos, no tenía á la vista á aquel eterno quejumbrón, que andaba al rededor de su silla con proyectos de empresas gigantescas, de combinaciones disparatadas y propósitos de volver á las andadas con el reconcomio y despecho de no ganar nunca un céntimo.

Ella tampoco ganaba ¡pobre mujer! pero siquiera sabía economizar, y su admirable economía hacía tales prodigios que la miseria, compañera casi siempre del ocio, jamás llegó á invadir aquellos tres aposentos tan limpios, ni á destruir los viejos muebles, siempre tan bien cuidados.

Enfrente de la puerta de Chebe, cuyo llamador de cobre relucía sobre el rellano, abríanse otras dos más pequeñas.

En la primera una tarjeta de visita, sostenida por cuatro tachuelas, á la usanza de los artistas industriales, exhibía este breve anuncio:

*Risler, dibujante de fábrica.*

En la otra, sobre una lámina de cuero bien curtido se leía este otro anuncio:

### MADAMA DELOBELLE



La puerta de Delobelle estaba casi siempre abierta: una gran pieza enladrillada, donde dos mujeres madre é hija, casi una niña esta, pálidas y fatigadas una y otra, trabajaban en uno de esos mil oficios de fantasía, de caprichosa moda, de que se compone lo que se llama técnicamente el *artículo de París*.

Moda era á la sazón adornar los sombreros y vestidos de baile con esos lindos bichos de la América del Sur que tienen colores de joyas y reflejos de piedras preciosas. Y la mujer y la hija de Delobelle tenían esta especialidad en boga.

Una casa rica adonde llegaban las remesas directamente de las Antillas, les enviaba sin abrirlas largas y ligeras cajas, que al destaparlas despedían un polvillo de arsénico y un olor desagradable, dejando á descubierto lucientes moscas y apilados pájaros vistosos, cuyas alas sujetaba una tira de papel. Preciso era montar todo esto, hacer que se movieran las moscas sobre tembloroso hilo de oro ó de latón, erizar las plumas de los colibríes y darles lustre, componer aca-



so con sutil hebra de seda la rota pata de coral, poner en el sitio de los muertos ojos perlitos relucientes, y finalmente dar al insecto ó al pájaro su graciosa actitud natural.

La madre preparaba la obra bajo la dirección de la hija, como quiera que, niña y todo, tenía Desiderata muy exquisito gusto é inventiva de hada, y nadie como ella sabía incrustar dos ojos de perlas en las cabecitas de los pájaros ni desplegar con más gracia sus inanimadas alas.

Coja desde su infancia, á consecuencia de accidente infausto, que á dicha no había alterado en nada la agraciada corrección de su semblante, Desiderata Delobelle debía á su inmovilidad casi forzada, á su reclusión continua, cierta aristocracia de tez y la eburnea blancura de sus manos. Peinada siempre con infantil ó inocente coquetería, pasaba los días en peso sentada en una gran butaca delante de una mesa sobrecargada de grabados de modas, de pájaros de todos colores, hallando en la mundana y caprichosa elegancia de su oficio el olvido de su propia miseria y como un desquite de su desgracia.

Pensaba en que todas aquellas alitas iban á volar de su mesa inmóvil para emprender verdaderos viajes al rededor del mundo parisiense y brillar en bailes y saraos á la luz de las arañas; y sólo en el modo de colocar sus moscas y pájaros hubiera podido adivinarse el giro, la tendencia, la expresión de sus pensamientos. Los días de abatimiento y tristeza, los afilados picos se dirigían hacia adelante, desplegábanse las alas á toda su extensión, como para tomar vuelo lejos, muy lejos de las habitaciones de quinto piso, de las estufas de hierro, de las privaciones, de la miseria en fin. Á las veces, cuando estaba contenta, ó no estaba abatida, no parecían sino vivos sus insectos y avecicas: tal y tanto era el anhelo de vivir que había reflejado en ellos.

Triste ó alegre, empero, la pobre Desiderata trabajaba siempre con el mismo ahinco. Desde los primeros albos del día hasta á deshora de la noche, la mesa estaba cargada de labor. Al cernerse las sombras del último crepúsculo, cuando la campana de las fábricas sonaba en los patios vecinos, encendía luz la madre y daban de mano para comer; sino que después de mísera comida, volvían al trabajo otra vez.

Estas dos infatigables mujeres se proponían un fin, tenían una idea fija con cuyo afán no sentían el peso de sus largas y laboriosas veladas: era la gloria dramática del ilustre Delobelle.

Efectivamente, desde que abandonó los teatros de provincia para buscar en París más digna escena, estaba esperando Delobelle que un empresario inteligente, ese empresario ideal, providencial, que descubre los genios, fuera á solicitarlo para ofrecerle un papel adecuado á su mérito. Tal vez, sobre todo al principio, hubiera podido encontrar acomodo en un teatro de tercer orden; pero el ilustre actor no quería rebajarse, echarse á perder. Prefería esperar, luchar, como él decía. Y he aquí cómo entendía él la lucha:

Por la mañana en su aposento y con frecuencia en su misma cama, repasaba los papeles de su antiguo repertorio; y su mujer y su hija se estremecían de piés á cabeza oyendo resonar al través del tabique, escenas de *Antony* ó del *Médico de los niños*, declamadas con tonante voz y entre anhelosos ronquidos, que se mezclaban con los mil rumores y golpeteos de labor de la gran colmena parisiense. Luégo, después de almorzar, salía el comediante hasta la noche, iba técnicamente á *faire son boulevard*, esto es, á pasearse con todo su tono y aun entono entre el *Château-d'Eau* y la Magdalena con el mondadientes en la boca, el sombrero un poco ladeado, siempre muy bien calzado de guantés, recién afeitado, acepillado y reluciente.



El asunto del porte era cosa para él de mucha cuenta, como que pretendía que era una de las mayores probabilidades de éxito, el incentivo para el empresario, aquel empresario inteligente, á quien no hubiera caído nunca en mientes la idea de contratar á un hombre mal puesto.

Con esto, las dos pobres mujeres, madre é hija, en cuidado se tenían que nada le faltara, siquiera sucumbiesen de puro fatigadas, pues no hay qué decir cuántos pájaros y moscas era menester montar para sostener carga tan pesada. El comediante, por su parte, creía que este sacrificio era lo más natural del mundo.

Según sus ideas, los esfuerzos, las privaciones, los desvelos y fatigas de su mujer y de su hija no se consagraban á él positivamente, sino á aquel genio misterioso y desconocido de que en cierto modo se consideraba como depositario.

Entre la familia de Chebe y la de Delobelle había cierta analogía ó identidad de posición; sólo que en esta última la posición era menos triste. Los otros sentían su vida de rentistas arruinados clavada y remachada en torno de ellos, sin horizontes, siempre igual, mientras en la familia del comediante, la esperanza y la ilusión abrían camino real por todas partes.

Los primeros estaban como alojados en un callejón sin salida; los segundos vivían en una calleja sucia, sin luz ni aire; pero por donde debía pasar pronto un magnífico bulevar. Fuera de esto, Madama Chebe no creía ya á su marido, mientras en virtud de esta palabra mágica, *el arte*, su vecina no había dudado nunca del suyo.

Y sin embargo, durante años y años, Mr. Delobelle había tomado en vano el vermut con agentes teatrales, el ajenco con jefes de *claque*, el *bitter* con romanceros y dramaturgos y hasta con los tramoyistas. Con todo eso, las contratas no venían, y el ilustre actor, sin

echar una comedia, hubo de deslizarse sin sentir del papel de primer galán al de barba y de éste al de bobo.

Á esta altura estaba.

Más de una vez se le había proporcionado el medio de subvenir á las necesidades de la vida ofreciéndole el empleo de gerente de un círculo ó café, ó encargado de grandes almacenes en los *Faros de la Bastilla* y en el Coloso de Rodas. Sólo bastaba para esto tener buenas maneras, y ¡pardiez! lo que es Delobelle las tenía magistrales. Pero no obstante, nuestro ilustre actor hubo de oponer siempre una heroica negativa á todos los ofrecimientos.

—No tengo—decía solamente—no tengo el derecho de renunciar al teatro.

En boca de aquel pobre hombre, que por espacio de tantos años, no había pisado las tablas, era sobremana ridícula tan porfirada negativa; pero no daban ganas de reír, cuando se veía á su mujer y á su hija tragando noche y día polvo de arsénico, y se les oía repetir con la misma insistencia perpetuando la fatiga, el dolor, la abnegación del sacrificio:

—No, no: Mr. Delobelle no tiene el derecho de renunciar al teatro.

¡Dichoso hombre, cuyos ojos reventones, cuya condescendiente sonrisa y cuya costumbre de reinar en las tablas, habíanle creado esa situación excepcional, que pudiéramos llamar de un rey-niño mimado y admirado! Cuando salía de su casa, los tenderos de la calle de *Franc-Bourgeois*, con esa predilección de los parisienses á todo lo que atañe al teatro, lo saludaban respetuosamente. ¡Iba siempre tan bien puesto!... Y luego era tan bondadoso y complaciente!... ¡Y pensar que todos los sábados por la noche él, Ruy Blas, Antony, Rafael el de las *Jóvenes de mármol*, Andrés el de los *Piratas de la Sabana*, iba con una caja de modista bajo



el brazo á llevar la obra de sus mujeres á una casa de flores de la calle de *Saint Denis!*...

Pues bien, aun evacuando semejante encargo, aquel diablo de hombre ostentaba tanta nobleza y dignidad natural, que la damisela encargada de comprobar la cuenta se veía harto embarazada para entregar á un *gentleman* tan irreprochable la mezquina suma tan laboriosamente ganada.

Estas noches no volvía el comediante á cenar á su casa, y su familia estaba ya prevenida. Topaba siempre en el bulevar con algún antiguo compañero tan ilustre y perdido como él, pues hay muchos así en el nobilísimo gremio, y le pagaba el *restaurant* y el *café*.

Después, muy fielmente, y había que agradecersele, entregaba el resto del dinero á la casa, á veces un ramo de flores á su mujer y cualquier otro obsequio á su hija y en paz. ¿Qué queréis? Son costumbres del teatro. ¿No suele verse en los melodramas que se tira un puñado de luises por la ventana?

— «Toma, truhán, toma ese bolsillo y corre, vé y dile á tu ama que la estoy esperando.»

Con esto, á pesar de su valor verdaderamente heroico, y aunque su oficio fuera harto lucrativo, las dos pobres mujeres se veían muy apuradas, sobre todo en las épocas estacionarias ó tiempo muerto para el artículo de París.

Por fortuna estaba allí el bueno de Risler, dispuesto siempre á servir á los amigos.

Guillermo Risler, el tercer inquilino del quinto piso, vivía con su hermano Franz, que era unos quince años menor que él. Estos dos suizos, grandes, fuertes, rubios, colorados, traían á la mezquina casa aire de campo y de salud. El mayor de ellos era dibujante en la fábrica de Fromont y costeaba los estudios del menor que iba á la academia de Chaptal, esperando ingresar en la Escuela Central.

Al llegar á París, embarazado con su instalación, había encontrado Guillermo en la vecindad de las señoras de Chebe y Delobelle' consejos, advertencias, una ayuda indispensable a un hombre ingenuo, tímido, tardo, entorpecido por su francés chapurrado y su modo de ser, chapurrado también, extranjero todo. Al cabo de algún tiempo de vecindad, de roce, de trato y mutuos servicios, los hermanos Risler formaban, por decirlo así, parte de las dos familias.

Los días de fiesta sus cubiertos estaban siempre puestos en la mesa de una ú otra, y era en verdad un gran consuelo para los dos expatriados encontrar en el seno de aquellas pobres casas calor de hogar y ternura de familia. Los honorarios del dibujante, habilitado en su oficio, le permitían hacer algún favor á Delobelle y entrar en casa de Chebe como un deudo, cargado siempre de sorpresas, de obsequios y agasajos; de tal modo que apenas le veía la pequeñuela, cuando trepaba á sus rodillas para requerirle los bolsillos.

Los domingos, se los llevaba á todos al teatro, y casi todas las noches iba con Chebe y Delobelle á la cervecería de Blondel, donde los obsequiaba con cerveza y *prachtel*; la afición á una y otro era su único vicio.

Para él no había mayor placer que sentarse delante de su vaso, entre sus dos amigos y escucharlos, sin mezclarse, sino con una risotada ó un movimiento de cabeza, en su conversación, que por lo común era un capítulo de inculpaciones y quejas contra la sociedad.

Una timidez de niño y los germanismos de lenguaje conservados siempre en aquella vida de absorbente labor, lo embarazaban mucho para expresar sus ideas. Sobre esto, sus amigos le imponían cierto respeto, como quiera que tenían de su parte la inmensa superioridad del hombre que no hace nada sobre el hombre que trabaja; y Mr. Chebe, menos generoso que



Delobelle, no escrupulizaba en hacérsela sentir. El réntista lo tomaba de muy alto. Para él, un hombre que, como Risler, trabajaba diez horas diarias, estaba incapacitado para expresar una opinión racional. Á veces, llegando fatigado de la fábrica, todavía se apresuraba el dibujante á trasnochar para ver de rematar obras urgentes. Y era de oír entonces á Chebe, que en són de escándalo decía:

—¡Oh! Lo que es á mí no se me obligaría á desempeñar semejante oficio.

Y añadía, mirando al suizo frente á frente con la escudriñadora atención de un clínico.

—Cuando tenga V. un ataque de...

Delobelle no era tan feroz; pero aún lo tomaba de más alto.

*El cedro no ve una rosa á su pié.*

En efecto, el ilustre comediante, desde su altura, no veía á Risler allá abajo.

Cuando á dicha se dignaba apercebirse de su presencia, tenía el grande hombre cierta manera de inclinarse hacia él para escucharlo, de sonreírse á sus palabras, como si hablara un niño; ó bien se complacía en deslumbrarlo refiriéndole gestas de actores y actrices, dándole lecciones de elegancia, las señas de los proveedores, no pudiendo comprender cómo un hombre que ganaba tanto, fuera siempre tan mal puesto.

Convencido de su inferioridad, el buen Risler procuraba borrar sus faltas con multitud de obsequios y atenciones, obligado á todo esto porque era el eterno bienhechor.

Entre las tres familias que vivían en el rellano, la niña Sidonia era como el lazo de unión con sus perpetuas idas y venidas. Á todas horas del día se deslizaba en el taller de las señoras de Delobelle, se divertía con su trabajo, miraba todos aquellos bichos, y más coqueta ya que juguetona, si una mosca había perdido

sus alas en el viaje ó un colibrí su collar, hacía de sus despojos un adorno y prendía esta nota viva entre los rizos de sus hermosos cabellos. Desiderata y su madre se reían de verla ponerse de puntillas para mirarse al desusado espejo con melindres de prematura complacencia. Luego que se había mirado y admirado, volvía á abrir la puerta, y con cierta gravedad por no descomponerse el tocado, iba á llamar á la puerta de Risler.

Durante el día, sólo había en la casa Franz, ó el estudiante, siempre sobre sus libros de texto con aplicación harto provechosa. Pero cuando entraba Sidonia ¡adios estudio! Preciso era dejarlo todo para recibir dignamente á una señorita adornada con un colibrí, la cual no sino parecía una princesa que iba á visitarlo al colegio de Chaptal para pedirlo en matrimonio al mismo director.

Y era de ver al mocetón, que había crecido demasiado pronto, jugando con una niña de ocho años, cediendo á sus caprichos, adorándola en sus mismos juegos, en manera que más tarde, cuando llegó á enamorarse de ella seriamente, nadie hubiera podido determinar la época en que se pegara fuego.

Por mimada que estuviera en lo interior de ambas viviendas, llegaba siempre un momento en que la niña corría á la ventana del rellano. Allí era donde encontraba su mayor distracción, un horizonte siempre abierto, algo como una visión del porvenir hacia la cual se inclinaba curiosamente y sin cosa de espanto, porque los niños no sienten vértigos.

Entre las cubiertas de pizarra, inclinadas unas sobre otras, el muro de la fábrica, las copas de los plátanos del jardín, los talleres con sus innumerables vidrios parecíanle á ella como una tierra prometida, el país de sus ensueños.

La casa Fromont era para la niña la máxima expresión de la riqueza.



El área que abarcaba en aquel extremo del *Marais* envuelto á ciertas horas en su humo y lleno de sus rumores, el entusiasmo de Risler, sus fabulosas narraciones sobre la fortuna y la habilidad de su bondadoso patrono, hubieron de despertar esta curiosidad infantil; y lo que podía verse del edificio de habitación, las grandes cortinas de persiana, la escalinata á cuyo pié se extendían en orden los muebles del jardín, una gran pajarera de luciente metal blanco y alambres dorados, y el cupé azul enganchado en el patio, eran otros tantos objetos de su constante admiración.

Sabía Sidonia todas las costumbres de la casa: la hora á que se tocaba la campana, la de entrada y salida de los operarios, los días de pago, que eran los sábados, por lo cual permanecía encendida la luz del cajero hasta muy entrada la noche y los días de descanso, que eran los domingos, en cuyas largas tardes, con los talleres cerrados y la chimenea apagada, el mismo silencio acercaba a ella los juegos de la niña Clara Fromont corriendo en el jardín con su primo Jorge. Por boca de Risler sabía más pormenores.

— Enséñame — le decía — las ventanas del salón y el aposento de Clara.

Preñado de tales simpatías por su amada fábrica, el bueno del suizo explicaba desde allá arriba á la niña la disposición de todo el edificio; indicábale los talleres de estampación, de doradura, de retoque; el cuarto en que dibujaba él, la cuadra de las máquinas de vapor, de que arrancaba aquella alta chimenea que ennegrecía con su humo todas las paredes circunstantes. Y no sospechaba por cierto que una vida oculta bajo un techo vecino mezclaba sus pensamientos más íntimos con sus afanes de trabajadora infatigable.

Por fin, un día hubo de penetrar Sidonia en aquel entrevisto paraíso.

Madama Fromont, á quien Risler hablaba con fre-

cuencia del buen entendimiento y gracia de su vecinita, le rogó que la llevara al baile infantil que preparaba para Navidad. De buenas á primeras, Mr. Chebe, padre de Sidonia, negó su permiso secamente. Ya en aquel tiempo los señores de Fromont, cuyo nombre tenía siempre en boca el buen suizo, lo cargaban, lo deprimían con su fortuna. Por otra parte, se trataba de un baile de máscaras ó mejor dicho de disfraces, de trajes, y Mr. Chebe, que no vendía papeles pintados, no tenía medios para vestir á su hija de bailarina. Risler, sin embargo, insistió tomándolo á su cargo todo, y desde luégo se puso á dibujar un traje á propósito.

Fué una noche memorable.

En el cuarto de madama Chebe lleno de trapos, cintas, alfileres y demás zarandajas de tocador, Desiderata Delobelle dirigía el galano y vistoso disfraz de Sidonia. La niña, que parecía mayor con su falda corta de franela blanca á listas negras, estaba al espejo inmóvil y derecha en todo el esplendor de su belleza y de sus galas. Cruzado el talle con cintas de terciopelo que se anudaban sobre el blanquísimo camisolín, las largas y abundosas trenzas de pelo castaño, cuyo arranque cubría gracioso y picaresco sombrero de paja, todos estos detalles, vulgares si se quiere, del traje de Suiza, estaban realizados por la inteligente fisonomía de la niña y su gracia y desenfado entre los vivos colores de aquel disfraz de teatro.

Todos los vecinos, allí presentes, daban gritos de ingenua admiración. Mientras se iba á llamar á Delobelle, arreglaba la cojita los pliegues del faldellín, enlazaba las cintas de los zapatos, daba la última mano á su obra sin dejar la aguja un momento, animada ella también de la embriaguez de una fiesta á que no había de ir la desgraciada.

Luégo llegó el grande hombre, el cual hizo repetir á



Sidonia las gallardas cortesías que él mismo le había enseñado, el modo de andar, de ponerse en planta y hasta de sonreír con la boca en forma de sortija, que hubiera de ajustarse exactamente al dedo meñique. Y era en verdad cómica la precisión con que la niña aprendía estas lecciones.

— Tiene sangre de actriz en las venas — decía entusiasmado el antiguo actor.

Y sin saber por qué, el gran pazguato de Franz tenía ganas de llorar.

Un año después de tan dichosa noche hubiera podido decir exactamente Sidonia las flores que adornaban las antesalas, el color de todos los muebles, el compás de la pieza y aun la misma pieza que se tocaba, cuando entró ella en el salón de baile: tan profunda fué la impresión de su placer. Nada absolutamente había olvidado: ni los trajes que flotaban á su alrededor, ni aquellas risas de niños, ni los piecitos que se deslizaban sobre el lustroso pavimento. Sentada luego un instante al borde de un sofá de seda roja, mientras tomaba el primer sorbete de su vida, pensó de pronto en la lóbrega escalera y en la habitación mezquina de sus padres, y hubo de representarsele esto como un país lejano, abandonado para siempre.

Por lo demás, á todos pareció encantadora y fué admirada y obsequiada por todos. Clara Fromont, miniatura de Cauchoise toda cuajada de encajes, la presentó á su primo Jorge, brillante húsar que se volvía á cada paso á ver el efecto de su portapliegos.

— Es amiga mía, Jorge — le dijo — y con permiso de mamá, vendrá á jugar con nosotros el domingo.

Y en la ingenua expansión de una niña feliz, abrazaba á Sidonia de todo corazón.

Pero llegó en fin la hora de retirarse.

Mucho tiempo aún, en la oscura calle en que la nieve se derretía, en la escalera á oscuras también, en el

silencioso cuarto donde la esperaba su madre, la espléndida luz de los salones brillaba ante sus deslumbrados ojos.

— ¿Estaba bien el baile? ¿Te has divertido mucho? — le preguntó en voz tácita la madre, desabrochando uno á uno los corchetes del vistoso traje.

Pero Sidonia, abrumada de cansancio, se dormía de pie sin contestar, comenzando un fastuoso ensueño, que había de durar toda su juventud y costarle al fin muchas lágrimas.

Clara Fromont cumplió su palabra. Sidonia fué con frecuencia á jugar al bello jardín enarenado y pudo ver de cerca la pajarera de luciente metal blanco y alambres dorados. Recorrió todas las cuadras y los rincones todos de la anchurosa fábrica, y jugando al escondite se ocultó muchas veces detrás de las mesas de impresión, en la soledad de las tardes de domingo. Todos los días de fiesta se le ponía cubierto á la mesa de los niños.

Pero si bien todos la querían, ella por su parte no manifestaba mucho afecto á nadie. Mientras estaba en medio de aquel lujo, se sentía tierna, feliz, embellecida; pero ya en la casa paterna, cuando veía la fábrica al través de los empañados vidrios de la ventana común, no sentía sino despecho, cierta cólera inexplicable.

Y sin embargo, Clara Fromont la trataba como verdadera amiga.

Á las veces la llevaban al Bosque, á las Tullerías, en el famoso cupé azul, ó bien al campo á pasar una semana entera en la quinta del abuelo Gardinois, situada en Savigny de Orge; y gracias á la solicitud del bondadoso Risler, orgulloso de los triunfos de la niña, ésta iba siempre bien vestida. Madama Chebe creía que estaba en esto interesado su pundonor, y la linda cojita estaba siempre á punto para poner de buen